

los judíos que Jesús era quien le había librado. *(Hasta aquí el Evangelio de la feria VI de las cuatro temporadas de cuaresma.)*

Pero estos por lo mismo perseguían á Jesús por cuanto tales cosas hacía en día de sábado. Entonces Jesús les dijo: Mi Padre, hoy como siempre, está obrando incesantemente, y yo ni mas ni menos. Mas por esto mismo andaban tomando los judíos con mayor empeño el quitarle la vida; porque no solamente violaba el sábado, sino que decía que Dios era su Padre propio, haciéndose él igual á Dios. Por lo cual tomando la palabra les dijo: En verdad, en verdad os digo que no puede hacer el Hijo por sí cosa alguna, fuera de lo que viere hacer al Padre; porque todo lo que este hace lo hace igualmente el Hijo. Y es como el Padre ama al Hijo, le comunica todas las cosas que hace; y aun le manifestará, y hará en él y por él obras mayores que estas, de suerte que quedeis asombrados. Pues así como el Padre resucita á los muertos y les da vida, del mismo modo el Hijo da vida á los que quiere. Ni el Padre juzga visiblemente á nadie, sino que todo el poder de juzgar le dió al Hijo con el fin de que todos honren al Hijo de la manera que honran al Padre; que quien al Hijo no honra, tampoco honra al Padre que le ha enviado. En verdad, en verdad os digo que quien escucha mi palabra y cree á aquel que me ha enviado, tiene la vida eterna y no incurre en sentencia de condenacion, sino que ha pasado ya de muerte á vida.

✠

CAPITULO XXVIII.

DE LA HIGUERA ESTERIL Y LA MUJER ENCORVADA.

DIEZ Y OCHO AÑOS.

El que no conociera el carácter mansísimo de Jesús y su eterno é infinito amor, podría muy bien creer que el Salvador amantísimo de los hombres retenia en su corazon algunos sentimientos ó afectos de rencor ó de ira al ver que después de haber hablado con tanta claridad á los escribas y fariseos y á todos los judíos, se apartaba de Jerusalem, dejando á sus habitantes cada vez mas sumidos en la incredulidad, y se retiraba otra vez á Galilea. Llevaba consigo el Señor á las diferentes ciudades, lugares y aldeas por donde transitaba, á sus apóstoles y discípulos; los que como coadjutores suyos anunciaban tambien el reino de Dios, y las misiones del Señor producian en muchas ocasiones grandes y maravillosos efectos. Con el mismo ardor que siempre enseñaba al pueblo cuanto le convenia, para hacerle sentir todas las dulzuras de la pobreza voluntaria á fin de apartarle de la multitud de males que causa la avaricia en el corazon que llega á esclavizar. Enseñando de esta suerte y predicando sin cesar, caminaba muchas veces todo el día seguido de innumerables turbas, que embelesadas con la dulzura y suavidad de sus

palabras, ni sentían el cansancio del camino ni desmayaban por el hambre, porque se alimentaba su alma con el pan de la divina palabra. Así caminó el Señor hasta las fronteras del antiguo reino de Judá, y al entrar en una ciudad de Galilea, se le acercaron unos judíos que le dieron una muy triste noticia, la que sirvió al Maestro divino para dar á sus apóstoles y á cuantos le seguían una muy bella é importante instrucción.

Acabábase de celebrar la fiesta de las Trompetas ó de la Neomenia del sétimo mes, la que cayó en dos días diferentes para los galileos y para los judíos de Judea, según su diferente modo de colocar el primer día del mes; por cuya razón se diferenciaban todas las solemnidades que dependían de la diversa forma del calendario respectivo; circunstancia que es preciso no olvidar para la justificación del importante, aunque desgraciado suceso, que en ella sucedió. Pilatos, gobernador y presidente de la provincia de Judea por el César, había mandado que se quitase la vida á un pequeño número de galileos, cuantos juntos hacían sus sacrificios en la casa de Dios, mezclando así su sangre con la de las víctimas que al Señor ofrecían.

Aunque eran diversos los rumores que corrían sobre este desgraciado suceso, parece sin embargo lo más cierto que un galileo llamado Júdas, hombre sedicioso, se había hecho caudillo de una tropa en su misma provincia, y que decía en alta voz á los de su partido: Que no se había de pagar tributo á los romanos ni ofrecer sacrificios por la salud del César [1]; lo que llegado á noticia del gobernador quiso hacer un ejemplar castigo para contener en su debida obediencia á los galileos. Envió pues sus soldados, los que llegaron á tiempo que estaban para hacer los sacrificios, y fueron aquellos miserables sacrificados, y su sangre corrió mezclada con la de las víctimas. Mas no dejaba de haber quien los reputase por muy hombres de bien, y se resentían los más de que hubiesen sido tratados con tanta crueldad. Otros empero más timoratos al parecer, decían: Que aunque no hubiesen sido culpados á la presencia de los hombres, debían serlo sin remedio á la de Dios, y que algún peca-

[1] Joseph. lib. 18 Antiq. c. 1 et 2.

do oculto les había acarreado este castigo. Preocupados en esta parte los judíos, se persuadían con razón que por lo que mira á Dios no hay suceso fortuito y que nada sucede sin la dirección de su providencia; por lo que añadían que no permite su Majestad estos accidentes en que la vida de los hombres es sacrificada, sino para castigar en este mundo pecadores señalados, de que quiere dejar grandes ejemplos.

Contóse al Salvador este hecho, á fin de saber lo que su Majestad opinaba sobre el modo y la ocasión con que habían sido sacrificados, interesándose también en esta declaración de Jesús dos partidos igualmente poderosos, cuales eran el de Pilatos en Jerusalem y el de Herodes en Galilea; el que se manifiesta altamente ofendido, pues que los galileos sacrificados eran de su jurisdicción; pero como todos venían á coincidir en el mismo pensamiento, aunque opinasen de distinta manera respecto á la jurisdicción, juzgó prudente el Salvador aclarar precisamente la verdad sin entrometerse en el otro intrincado laberinto. Dijoles pues: No conviene creer que estos galileos, degollados todos de una vez en el tiempo de su sacrificio, sean los hombres más criminales y los más perversos de la nación. Yo os aseguro que así los elegidos é inocentes como los pecadores y réprobos, están expuestos á tales acontecimientos. Lo que hace la muerte desgraciada no es una mala fortuna, sino la impenitencia del pecador. Dios lo ha permitido así; pero no seáis tan temerarios que os juzguéis autorizados para concluir ahí contra ellos. Volved sobre vosotros mismos y considerad que sin distinción de galileos y judíos todos tendréis una suerte semejante y pereceréis si no hacéis desde luego penitencia de vuestras culpas.

Del infortunio de estos galileos es preciso sacar este precioso fruto, el de la penitencia; pues que infinitamente justo el Señor, tiene determinado el castigo de los pecadores temporal y eterno, y de él sola la penitencia nos libra, que es la segunda tabla después del naufragio: y lo mismo que de estos se ha de decir de aquellos diez y ocho judíos que fueron oprimidos por la ruina de una de las torres de Silóe. Vosotros también imaginad que eran también los más delincuentes de Jerusalem, y que la justicia de Dios los juntó allí expresamente para que todos pereciesen, y asimismo en esto os enga-

ñais. Yo os lo repito una y otra vez: no juzgueis á vuestros hermanos tan temeraria y prematuramente; mucho mejor obraríais, y más provecho os acarrearía pensar en vosotros mismos, aplacar al Señor con vuestra penitencia, y procurar por este medio impedir una desolacion general, en la que seréis sin duda arrollados y confundidos. Habitantes de Jerusalem y de la Judea, oid mis amonestaciones; reconciliaos en tanto antes con Dios, pues de lo contrario todos pereceréis en la ruina y desolacion de vuestras murallas, como perecieron vuestros hermanos bajo de las de la torre de Siloé. Para que os convenzais de esta verdad, oid esta parábola; y haciendo de ella una justa aplicacion, vendreis á conocer claramente, no solo el estado presente de vuestra capital, de vuestro templo, de vuestro país y de vuestro pueblo, sino también el fin que todo ha de tener.

Judá y Jerusalem eran dos objetos que siempre tenia Jesús á la vista, y sobre ellos discurría con tristeza presagiando y anunciando con toda claridad su ruina: en ella habia de verificarse su muerte, y la reprobacion del pueblo de Dios que á ella habia de seguirse era el objeto continuo de sus predicaciones: apresurábase á dar á los hijos de Jacob pruebas positivas del deseo que tenia de salvarles, y solo les faltaba entregarse por ellos y morir por la salud del mundo. Para entender pues las parábolas del Salvador y la multitud de instrucciones que sobre este particular deseaba, conviene no perderlo de vista ni un solo instante; por lo que dice el venerable Beda [1]: Los judíos oprimidos y muertos por la torre, significan los que de entre ellos no quisieron hacer penitencia, y en el tiempo señalado por el Altísimo han de perecer sepultados entre las ruinas de los muros de la ciudad santa. La torre que los oprimió significa aquel que es la torre de nuestra fortaleza, que no sin razon fué la de *Siloé*, que se interpreta enviado, denotando muy bien aquel que vino al mundo enviado por el Padre, y es la piedra angular que con su peso omnipotente oprimirá todos aquellos sobre los que cayese; por lo que pudo muy bien el Señor referirles la parábola de la higuera que no daba fruto y ocupaba la tierra inútilmente; la que queria con razon cortar su propio dueño, puesto que tres años hacia

[1] Ven. Bed. in cap. 13 Luc.

que no le daba higos, burlando así todas sus esperanzas. Mas el cultivador de la viña interpuso su ruego en favor del árbol ingrato, pidiendo para él un año más de paciencia al propio dueño, ofreciendo cavarla y estercolarla; y si aun con esto, le dijo, no da fruto, obedere vuestras órdenes y la cortaré.

Grande es y sobremanera interesante el sentido de esta misteriosa parábola. Los acontecimientos en ella figurados son los únicos que pueden aclarar toda su inteligencia, aunque á primera vista ya se observa que ella señalaba á los oyentes de un modo claro é inteligible el estado presente y las calamidades futuras de la nacion judaica.

En esta semejanza manifestó Jesús en primer lugar la gran paciencia de Dios y la gran negligencia del hombre en dar á su divina Majestad los frutos de virtudes que debe darle. La higuera plantada en medio de la viña señalaba la Sinagoga plantada en medio de la casa de Israel y la nacion de Judá: los tres años que el dueño la habia visitado sin hallar fruto en ella, denotaban las tres maneras con que el Señor habia procurado instruirle, á saber, con la intimacion de los preceptos de la ley, con los oráculos de los profetas y con los primeros y ya muy radiantes fulgores del nuevo Evangelio de paz y caridad que les anunciaba. En cuyos tiempos habia buscado Dios entre los judíos el fruto de las buenas obras, y no las habia hallado sino en muy pocos, los que no podian computarse como ningunos respecto de tanta muchedumbre. Y aunque tantos cultivadores como Dios la habia enviado habian cavado á su alrededor con el azadon de las agudas y terribles invectivas para humillarla, y habia procurado abonarla ó estercolarla con el miedo y terror de los divinos juicios, manifestándole además el hedor y abominacion de sus pecados, cuya memoria suele humillar á los hombres, compungirles y obligarles á la penitencia; sin embargo, los colonos ó cultivadores sirvieron de poco á causa de la pertinaz obstinacion del judaismo, y por esto los judíos merecieron ser cortados á la presencia del Señor.

De otra manera explican otros la significacion misteriosa de esta higuera, y los tres años que estuvo sin dar frutos. Entienden por la viña toda la extension de la Tierra Santa ocupada por el pueblo

de Dios, y por la higuera infructuosa plantada en medio de esta viña entienden la ciudad de Jerusalem, que era la capital de la tierra de promisión. Por los tres años en que el dueño visitó la higuera buscando en ella fruto sin hallarle, dicen estar representadas las tres épocas de las tres grandes aflicciones con que castigó Dios á su pueblo para procurar su enmienda: en el primer año creen estar figurado el tiempo que pasó desde que David estableció en Jerusalem el centro de la religion y de la monarquía hasta la época en que en razón de su esterilidad fué destruida por Nabucodonosor y conducidos cautivos á Babilonia casi todos sus hijos. En el segundo año creen que se comprende la época de su restablecimiento después de la vuelta de aquella cautividad hasta la espantosa desolacion que sufrió por Antioco, rey de Siria. Y el tercer año, dicen, que significa la época de paz que adquirió por la heroica resistencia de los macabeos, en la que volvió á florecer el culto público y se restableció el gobierno soberano de la nacion hasta la venida de Jesucristo, enviado de Dios, en cuyo tiempo se vió cumplimentada enteramente la profecía de Jacob; pues despojados los judios de su autoridad gemian bajo el cetro de hierro de los romanos, dominando en Jerusalem, en nombre del César, un presidente de esta nacion.

¡Admirables juicios de Dios por cierto, que siempre están fuera del alcance y penetracion de los hombres! Vino Jesús á buscar frutos á la higuera y no los encontró, aunque habia sido cultivada con tanto esmero. Rogó por ella á su Eterno Padre y le concedió este cuarto año, que se entiende desde la predicacion del Mesías hasta la fatal irrupcion de las armas romanas. El amantísimo Salvador se encargó por fin del cultivo de la viña y de la higuera, la cabó con su predicacion, la abonó con sus milagros, la regó con sus sudores, y no se perdonó trabajo y fatiga alguna para ver si daría fruto; mas no aprovechándose la higuera de tantos trabajos, no dió fruto alguno y fué cortada de raíz. Ingrata, desconocida y siempre rebelde Jerusalem, despreció todos los medios de salud que se la ofrecieron; la abandonó el Señor, permitió se entregase enteramente á las pasiones violentas, y vino á ser subyugada, destruida y reducida á cenizas por los romanos.

Otra interpretación que no carece de grande analogía se da tam-

bien á la misteriosa parábola de la higuera infructuosa: créese que representa tambien por sí misma en todos los tiempos del cristianismo, el alma rebelde á los llamamientos y avisos del cielo, y á las inspiraciones interiores de la gracia, cuyos cultivadores son los prelados y sacerdotes del Señor. Cualquiera alma de por sí es el árbol, la viña, el huerto y el campo que cada uno debe cultivar por sí mismo, cavar, abonar y regar para que dé fruto. Pero ¡ay! que entre los cristianos hay muchos rebeldes, incrédulos, é indóciles que ocupan inútilmente la tierra, que no dan fruto alguno, y que con sus largas y obstinadas resistencias caminan con precipitacion á la pena que Dios los señaló; sobre lo que dice san Gregorio [1]: Vino el Señor tercera vez á visitar la higuera, esperando, avisando y visitando con su gracia á todo el género humano, antes de la publicacion de la nueva ley; pero se queja de no hallar fruto en ella después de estas tres visitas, porque algunos depravados corazones no les corrigieron los preceptos inspirados de la ley natural, ni les enseñaron los escritos en la ley dada á Moisés, ni les convirtieron los milagros obrados por el Altísimo durante su predicacion. Con temor pues debe oirse la voz que dice: *Cortala; porque inútilmente ocupa la tierra.* Cada uno, segun su modo, debe dar el fruto de buenas obras, y si no lo da ocupa inútilmente la tierra como higuera estéril.

Cultivadores son de la viña y de la higuera todos los que presiden y mandan en la Iglesia de Dios, y lo son tambien los justos y santos que están dentro de ella y ruegan por los que están fuera. Todos á una voz estrechan é interpelan al Dios de la misericordia, diciendole: *Déjalos, Señor, tambien este año;* esto es, este tiempo de la gracia, para que cavando alrededor de su corazon, reprendiendo sus vicios, les arrojemos el estiércol de la mortificacion y penitencia, despertándoles del sueño mortal en que yacen sumidos: porque cavar alrededor del corazon es doblegarle con la humildad, surcarlo con la penitencia y prevenirle con la paciencia: ninguna tierra es tan blanda y humilde como la recién cavada; y la memoria de los pecados ejercita la penitencia, agujonea con la compuncion.

[1] Div. Gregor. Hom. 31 in Evang.

y obliga á dar el deseado fruto del arrepentimiento; por cuya razon decia el mismo san Gregorio: Con el estiércol de la penitencia revive el árbol del corazon, y por la consideracion del pecado se reanima para obrar el bien. Nada hay mas inmundo que el estiércol, y sin embargo, nada hay mas provechoso y beneficioso para la tierra.

Después de todo esto no será en vano traer á la memoria la doctrina del grande Agustino sobre este punto tan interesante [1]: Nada hay, dice, en que el hombre debe pensar como en mirarse á sí mismo, estudiarse á sí mismo, discurrir sobre sí mismo, buscarse á sí mismo y procurar hallarse á sí mismo: en este exámen y estudio encontrará necesariamente en sí mismo lo bueno y lo malo; lo que le agrada y lo que le desagrada; lo que le llena y lo que le hace estar vacío; y si vacío se halla de buenas obras y merecimientos interiores, ¿por qué ha de buscar con tanta avidéz los bienes y los honores exteriores? ¿De qué le aprovecha tener llena de oro su gaveta, si tiene de buenas obras vacía la conciencia? ¿Quieres, oh hombre, grandes bienes tener en tu casa, y tú no quieres ser bueno? Avergüenzate de tener tu casa llena de bienes y tu corazon lleno de males? Si te preguntan, si malos quieres tener en tu casa, ó si quieres que la habiten malos, seguramente dirás que no: no quieres tener la esposa, ni el hijo, ni el criado, ni tu posesion, ni tu túnica, ni aun tu sandalia mala; ¿y con todo quieres tener mala vida? Monstruosidad abominable. Todas las cosas que te rodean las quieres bellas, elegantes, hermosas y apreciables, y tú solo quieres ser y eres para tí mismo, sórdido, inmundo, feo y despreciable. Si las cosas que posees y de las que está tu casa llena pudiesen responderte, por cierto que clamarian á tí y en voz en grito dirian: Tú nos quieres tener para tu servicio porque somos apreciables y buenas, y nosotras no queremos para dueño sino un hombre bueno y apreciable. Reconvenccion tan terrible como justa, y á la que seguramente el hombre malo no podria responder.

Parecia lo mas regular que la mortandad de los galileos ordenada por Pilatos y referida por algunos judíos á Jesucristo, la que dió ocasion á esta parábola, fuese un motivo suficiente para hacer apar-

[1] Div. August. Serm. 144 De tempor.

tar al Señor de la idea de regresar á la capital, donde era mirado como originario de Galilea, y donde las disposiciones del gobernador eran poco favorables á los habitantes de aquel país. Mas como el Señor nada tenia por qué temer, porque no habia llegado aun el tiempo de ejecutar las órdenes de su Padre celestial, ni cosa alguna le obligaba á apresurarse sin inmutar su resolucion de volver á Jerusalem para uno de los dias de la próxima fiesta que se celebraba con mucha mas solemnidad que la de las Trompetas ó Neomenia, se detuvo en el mismo paraje, y verosíblemente en el sábado próximo, acaso ocho dias después de aquel acontecimiento y tres antes de la fiesta, pasó, segun tenia de costumbre, á la Sinagoga de la ciudad limítrofe de Judea, donde esperaba el día de partir, con ánimo de continuar instruyendo á sus oyentes para que se animasen á hacer pronta penitencia.

Pública era ya la parábola misteriosa de la higuera estéril condenada á ser cortada y arrojada al fuego, y nadie dudaba que ella indicaba con claridad la destruccion de la Sinagoga, sobre cuyas ruinas debía levantarse majestuosa y recta la nueva Iglesia de Dios, y un nuevo milagro del Señor vino á demostrarlo completamente. Hallábase en el concursó del sábado una pobre mujer, á quien afligia terriblemente el demonio hacia ya diez y ocho años con una enfermedad que la humillaba y mortificaba sobremanera; pues sin dar señal alguna de estar poseida, no podia ocultar su vergüenza y confusion á cuantos la miraban. Estaba encorvada tan violentamente hácia la tierra por la impresion y fuerza que la causaba el espíritu maligno, que tenia contraidos todos sus nervios; pero de tal manera, que no podia levantar sus ojos al cielo, ni aun fijarlos en las personas que le hablaban. Todos los esfuerzos del arte no habian sido bastantes para curarla, lo que demostraba que su enfermedad no era natural. El Médico soberano, que habia bajado del cielo para romper las fuertes ligaduras con que el demonio tenia aprisionados los hijos de Adán, no pudo mirarla sin moverse á compasion, y quiso sacarla de situacion tan afflictiva y triste.

Si la desventurada hubiese podido mirar á Jesús, así como el Salvador la miró á ella, seguramente hubiera comprendido que no estaba muy lejano el instante de su salud; mas no siéndole esto posi-

ble, oyó al menos la voz del Señor que la llamaba, y desde luego concibió en su corazón muy grandes y lisonjeras esperanzas. *Acércate á mí, le dijo Jesús, y ella obedeció al instante.* La Majestad divina puso su mano omnipotente sobre su cabeza y la dijo: *Mujer, ya estás libre de tu enfermedad;* y sintiendo en sí en aquel mismo instante todo el efecto de la misericordia omnipotente de Dios, levantó su cabeza y se puso derecha por primera vez después de diez y ocho años. La que por tanto tiempo solamente había visto la tierra, levantándose y mirando hácia el cielo encontró por primer objeto de sus ojos al Mesías prometido, al hombre Dios, al libertador universal de todas las criaturas. ¡Con qué ternura le miraría! ¡con qué excesos de gratitud y reconocimiento le adoraría! ¡y con qué cánticos de alabanza no cantaría las grandezas de Dios y la magnificencia de sus misericordias! Las voces de gratitud que salían mas bien del corazón que de la boca de aquella mujer, eran repetidas con entusiasmo por un pueblo inmenso admirador de aquel prodigio, y nada se hubiera oído en la Sinagoga, sino cánticos de loor, acciones de gracias y demostraciones de júbilo, si el archisinagogo ó jefe de la misma Sinagoga no hubiera turbado la alegría pública con otra pública acriminación dirigida á Jesús; la que por fin vino á convertirse, como era regular, contra el mismo que la había dirigido.

Dicho se está, y repetido hasta el fastidio, que el crédito y la reputación del Salvador causaban horribles celos á todos los escribas y fariseos, y que cada vez que le veían obrar uno nuevo, la desesperación y la rabia se apoderaba de ellos con nuevo furor. La sencillez, la prontitud, la facilidad con que Jesús obraba los milagros, no daba lugar á sus enemigos para prevenirse contra él é impedirle con calumnias y acusaciones injustas que los obrase; por consiguiente debían estas entrar después de verificado aquel, cuando las turbas lo celebraban, cuando su grandeza había ya cautivado el corazón de los hombres mas timoratos y justos, y cuando ya por ellos era adorado y bendecido Dios, que había dado tal y tan grande poder al que para la salud de todos había enviado. Vengóse pues el archisinagogo como acostumbraban á hacerlo todos sus colegas, manifestando indignación porque Jesús había obrado el milagro en

el día del sábado. Pero es de advertir que en vez de dirigirse al que había obrado el portentoso, se encará con los circunstantes, entre los que había muchos que también deseaban ser curados, y les dijo: Seis días hay en la semana que pueden emplearse en el trabajo, y son los únicos en que este es permitido. Venid pues en cualquiera de ellos; presentaos en este sitio para que os curen, si creéis ó esperáis conseguir la salud; pero respetad el día del sábado: este es el día del reposo santo, el día que el Señor consagró á su culto; en esto solo debéis emplearlo.

No dejó pasar el Salvador desapercibido el discurso fatal del fariseo, y lleno de aquel celo santo que en su pecho rebozaba, deseoso de ilustrar al pueblo y de contener las maquinaciones malignas de los fariseos, volviéndose al archisinagogo, y á los escribas y fariseos que con él estaban, les dijo: ¿Quién hay entre vosotros, ó cautelosos hipócritas, tan escrupuloso observador del descanso del día santo, que no desate á su buey ó á su jumento del establo para llevarle á beber en aquel día como en cualquiera otro de los demás? ¿Cómo os atreveis á murmurar porque he roto las cadenas que tenían diez y ocho años hace oprimida esta hija de Abraham, á la que era imposible levantar los ojos al cielo? Bien se conoce que no es la religión del sábado la que os mueve, para que tanto al pueblo como á mí dirijais tan injustas acriminaciones. ¡Ah! bien se conoce que hay otra cosa oculta en el fondo de vuestro corazón.

Bramaron de coraje y de rabia los enemigos implacables de Jesús, porque nada podían oponer á la contundente reflexión que acababa de hacerles, la que entusiasmó tanto al pueblo cuanto á ellos llenó de furor y venganza: y así como habían oído la justa censura que contra ellos se había fulminado, tuvieron que oír también los gritos de alegría que en la Sinagoga resonaron. A su confusión siguió su vergüenza y su ignominia; pues el pueblo, que juzgaba las cosas sin la prevención é interés que los fariseos, aplaudía todos los milagros de que era testigo y alababa al Dios de la gloria que había dado á Israel un tan generoso dispensador de sus beneficios. Una luz tan visible ofuscaba los fuegos artificiales y fatuos de los escribas, y una virtud tan grande como humilde, condenaba sus incorregibles desórdenes que cubrían con el faustoso oropel de sus hipocresías.

En vista de esto, y no pudiendo resistir la fuerza de las doctrinas del Salvador, se apersonaron con él; y aparentando una compasión que no tenían, quisieron intimidarle con un aviso tan ridiculo como acaso falso. Sal de aquí, le dijeron, cuanto antes; deja este país, porque Herodes, que manda esta provincia, ha resuelto quitarte la vida. No debía recelar el que nada podia temer, y aumentando con su contestacion la inquietud y la rabia de aquellos hombres perversos, les dió á conocer que nada temia por entonces de parte de los hombres. Decidle á esa zorra (así llamó á Herodes) que sin temer sus amenazas permaneceré aquí algun tiempo, pues es menester que yo emplee algunos dias mas en hacer bien á los que me hacen mal; en librar á los endemoniados y en dar salud á los enfermos; que después de esto no me durará mucho la vida, y que mi muerte pondrá fin á sus desconfianzas y sospechas; que tengo ánimo de pasar, aunque de presa, por sus tierras, para ir dentro de poco tiempo á Jerusalem; pues en esta ciudad, siempre fatal á los profetas, debo morir como ellos, por la defensa de la justicia y la verdad.

Como á competencia brillan las elocuentes exposiciones de los padres y doctores de la Iglesia sobre los interesantes pasajes de este Evangelio, es preciso oír alguno de ellos. Sola la gloria retiene Dios para sí de sus obras maravillosas, dice san Agustin; la utilidad empero toda cede en beneficio y favor nuestro [1]: da Jesucristo una prueba grandiosa de su humildad cuando no se desdena de tocar un enfermo, por grave y asquerosa que sea su enfermedad. Aunque la inclinacion de aquella mujer deba contemplarse como la enfermedad exterior que la aquejaba, por la violencia con que el demonio la atormentaba, con todo, tiene una muy grande significacion que no debe dispensarse ó pasarse en silencio. Encorvada la mujer mira siempre hácia la tierra, para que no fije jamás sus ojos en el hombre, pues su vista es para el hombre peligrosísima. No se afane mucho la criatura ni se mezcle en los negocios de la tierra, no sea cosa le suceda lo que á la mujer encorvada: el peso de los cuidados mundanales es horrible; cuanto mas la criatura se entrega á ellos, tanto menos pueda levantar la cabeza para ver á Dios.

[1] Div. August. Serm. 31. De Verb. Dñi.

Deseando las cosas visibles se pierden las invisibles, exclama san Gregorio [1]: aquel hombre está encorvado, porque está inclinado á la culpa; no puede dirigir su vista á lo alto, porque le falta la justicia. Entregado á los deleites voluptuosos, solo puede amar y pensar en las cosas caducas y transitorias; y no llamándole la contemplacion de las celestiales, no suspira ni apetece el goce de los deleites que no han de tener fin jamás: á este pues si Dios no le toca con su gracia y no pone sobre él la mano de su misericordia, permanecerá encorvado siempre, no se levantará por medio de la justificacion, y será eternamente infeliz; porque todo pecador que solo piensa en la tierra, jamás levanta su vista al cielo, y solo ama lo que ve y lo que sin intermision ocupa su pensamiento. En un todo es parecido á la mujer encorvada que jamás al cielo pudo mirar. Si una vez conocimos por la gracia de Dios los bienes de la patria celestial y á ellos queremos aspirar, avergoncémonos de estar encorvados á la presencia de Dios. Nunca falten de nuestra vista la higuera infructuosa ni la mujer encorvada.

Luego, concluye san Agustin [2], el que es estéril debe hacer penitencia para hacer fruto digno de la penitencia; y el que se halla doblegado para mirar hácia la tierra, alégrese y levántese contemplando la felicidad eterna; y si por sí mismo no puede, invoque á Dios, que es fiel, omnipotente y veraz, y hará que abunde en nosotros la gracia. Y con razon debe levantarse el hombre, porque él solo tiene recta y erguida su cabeza para que atienda mas á las cosas celestiales y eternas que á las caducas y perecederas. A las bestias crió Dios inclinadas á la tierra, buscando en ella el pasto para alimentarse, y al hombre le colocó sobre dos piés, para que caminando recto, sus ojos, su corazon y sus pensamientos siempre estuviesen en el cielo. No haya pues, oh hombre, discordancia alguna entre tu corazon y tu rostro: con este levantado hácia el cielo y el corazon inclinado hácia la tierra, serias un monstruo.

San Basilio corrobora armoniosamente [3] todo cuanto el sol Agustino dice. Las bestias de la tierra á ellas miran siempre; pero el

[1] Div. Gregor. Hom. 31 in Evang.

[2] Div. August. Serm. 31. De Verb. Dñi.

[3] Div. Basil. Ham. 9 in Exameron.

hombre, que es como un árbol celestial plantado en la tierra, y que de ella ha de trasplantarse al cielo, al cielo precisamente mira; y cuanto se diferencia de las bestias en su estructura corporal otro tanto las aventaja en la dignidad, hermosura y belleza de su alma. ¿Cuál es la figura de los animales cuadrúpedos? No solo su cabeza, sino tambien todo su cuerpo, está inclinado á la tierra y á la tierra mira, como que su patria y su esperanza única es la tierra; camina sobre su vientre, y todo lo que puede indicar carnal voluptuosidad está en ellos manifiesto. Tu cabeza empero, ¡oh hombre! está levantada hácia el cielo; tus ojos contemplan su hermosura y belleza, á fin de que si alguna vez te viciases esclavizándote bajo el peso de tus pasiones, sirviendo á tu vientre y á los demás apetitos de la carne, entiendas que á las bestias tú mismo te comparas y en todo á ellas te asemejas: otros cuidados hay mas dignos de tí, otras solitudes que deben serte mas propias; tú debes buscar lo que está mas arriba, á Jesucristo que está sentado á la diestra de su Padre: á semejanza de Dios eres formado; á Dios debes en todo parecerle; tu domicilio está en los cielos; aquella sola es tu verdadera patria, la celestial y santa Jerusalem. Por último, san Bernardo con su acostumbrada elocuencia nos dice [1]: Tener el alma encorvada ó doblegada hácia la tierra, es buscar con afán y saborearse con avidez con las cosas de la tierra. Una cosa torpe es en el hombre, cuya figura es recta, inclinarse como las bestias y pensar como ellas piensan. Dióle Dios al hombre hermosa y recta estatura en su cuerpo, para que el hombre exterior sepa que el hombre interior, á imágen de Dios formado, ha de vivir siempre en la rectitud de la justicia. Nada hay mas indecente que tener un ánimo doblegado hácia la sensualidad, encerrado en un cuerpo que está recto hácia el cielo. Si el hombre pues; al cielo sus ojos alza, si libremente le mira, si su espíritu se deleita en la contemplación del sol, de la luna y de las estrellas, ¿con qué motivo ha de tener su ánimo inclinado á la tierra, sus afectos en la tierra, y pegado siempre como el mundo cerdo al barro y al estiércol de la tierra?

Hasta los poetas gentiles, Boecio y Ovidio, hablaron tambien de

[1] Div. Bernard. Serm. 24, Curbitas anixæ.

la figura y estructura del cuerpo humano, y ambos á dos en sublime metro dijeron [1]: Que era cosa muy deforme y fea que levantado el rostro del hombre y su frente hácia el cielo, inclinasen su ánimo y su vista hácia la tierra; y el mismo Aristóteles observó tambien [2]: Que las aves que vuelan hácia el cielo cierran sus ojos con el párpado inferior del ojo; pero que los animales grandes y cuadrúpedos todos los cierran con el párpado superior. Entiéndense por las aves los varones espirituales, que cerrando sus ojos á la tierra y á todo lo que en ella hay, siempre están atentos y miran al cielo y á las cosas celestiales. Por los animales grandes y cuadrúpedos se entienden los hombres mundanos que los tienen cerrados para todas las cosas celestiales y abiertos para las mundanas y terrenas. Por esta mujer encorvada se significa el alma pecadora y el corazon avaro. *Mujer*, porque por la ausencia de la caridad está arrevida de frio. *Encorvada*, porque instigándola el demonio está de tal manera inclinada por una larga costumbre á los amores terrenos, que ya no puede de modo alguno levantar su corazon al cielo. *Tenia un espíritu de enfermedad*, porque estaba enferma; esto es, flaca y débil para todas las cosas espirituales. *Diez y ocho años*, porque estaba envejecida en la iniquidad. Y significa tambien un corazon avaro, porque todos los vicios del hombre envejecen cuando él envejece, sola la avaricia parece que todos las dias rejuvenece. San Ambrosio [3] tambien corre una hermosa pincelada sobre estos pasajes del Evangelio, y dice: Tan dulce como es esta parábola es de fácil comprension. Compara el Señor un vínculo á otro vínculo, y de una ligadura á otra ligadura, para confundir en el acto la hipócrita y pérfida simulacion de los judios; por-

[1] Qui recto coelum vultu petis, exersisque frontem
In sublime feras animum, ne gravata pessusum
Inferior sidat mens corpore celsius levato.
Boettius, lib. 5. De consol. metro 5.

Pronaque cum spectent animalia coetera terram,
Os homine sublime dedit cselumque tueri
Jussit, et erectos ad sydera tollere vultus.
Ovidius, lib. 1. Metamor.

[2] Aristotel. in lib. De Animalibus.

[3] Div. Ambros. lib. 7 in Luc.

que siendo así que ellos en el día del sábado desatan los vínculos ó ligaduras de sus jumentos para llevarlos á beber, reprenden injustos al Señor que les desata y libra de la ligadura del pecado. El archisinagogo entendia muy malamente la ley que alegaba cuando no queria que en el día del sábado se ejercitasen los hombres en obras de misericordia y piedad. Contrariando esta doctrina, curó el Señor en día de sábado, porque la curacion y el obrar milagros que se ordenaban á la mayor gloria de Dios y á promover la piedad y devocion entre los fieles, podian sin duda alguna verificarse en día de sábado, y mucho mejor en este día que en otro cualquiera, porque estaba aquel ordenado para el mayor culto de Dios y para promover mas y mas la devocion del pueblo.

Cierra por último san Bernardo con llave maestra, y concluye hermosamente contra el archisinagogo, diciendo [1]: Cae la burra y hay quien la levante; perece el alma y no hay quien procure sanarla: luego es un infiel el que prefiere el cuidado de su caballo ó de cualquiera otra bestia que le pertenezca, ó aunque sea el de su propio cuerpo al cuidado que debe tener por su alma: para libartar aquellos ó para sanarlos no se repara en dispendios, en incomodidades y en peligros; y para sanar el alma y libartarla de los lazos con que la aprisionó el diablo, todos son temores y reparos, siendo así que es mucho mayor la obligacion que tenemos de cuidar de aquella que de cuidar de nuestro propio cuerpo. Sobre infiel, es un hipócrita engañador el que hace lo primero y desprecia lo segundo; y sobre infiel é hipócrita comete un grave pecado.

No podia menos de manifestar sentimiento y pena en su corazón el amantísimo Jesús, cuando no satisfecha la audacia de los escribas consintiendo las reconvençiones injustas que el archisinagogo dirigió al pueblo, autorizaron tambien aquella especie de amenaza que en el nombre de Herodes se le hizo, por cuya razon trató de zorra á aquel desgraciado príncipe, pues en ella están figurados todos los príncipes malos. La zorra es un animal dañino, rapaz, engañador, que camina tortuosa y siniestramente, y despide de su cuerpo hedor y fetidez. Así es todo príncipe malo y así era tam-

[1] Div. Bern. lib. 4. De Considerat. ad Eugenium.

bien Herodes: doloso y engañador, porque siempre maquinaba maldades é iniquidades; tortuoso en sus pasos, porque era perverso é injusto en la formacion de los juicios y en la administracion de justicia; fétido por fin y hediondo, por la infamia de su nombre; por todo lo que deseaba matar á Cristo y á todos los que en él creian, por lo mentos en cuanto estaba de su parte y de su voluntad pendia. Cuan perjudicial y dañoso sea para una ciudad y un reino entero un príncipe como Herodes, és fácil de conocer. Malicioso en extremo y sobremanera infiel, queria extinguir la religion y aun acabar con su fundador divino en el mismo instante en que este la plantaba y nacia. El que impide pues el nacimiento de la santidad y los progresos de la religion en el corazón de la criatura y la persigue hasta exterminarla, ó al menos deseando su exterminio, este tal es como Herodes, perseguidor de Cristo. Dijo por tanto muy bien el Salvador cuando le apellidó zorra, pudiendo haber añadido: Decidle que yo lanzo y arrojó los demonios de los cuerpos sin que pueden resistirme; siendo así que cada uno de ellos tiene mas poder que él; y que si á ellos no les temo, menos le temo á él; que me interesa en la sanidad y la salud de las almas y de los cuerpos; que perfecciono mis obras hoy y mañana, esto es, muy pocos dias, hasta el tiempo de mi pasion; y que en el día tercero consumiré mi ministerio con la muerte; así que Herodes no puede impedirme que haga lo que yo pretendo y deseo.

Explanó consiguientemente el Señor el lugar donde habia de morir, y lo indicó con toda claridad en Jerusalem. En el seno de esta ciudad ingrata, donde perecieron tantos de mis profetas, allí debo perecer yo tambien, que soy la cabeza de todos ellos; allí debo ser sacrificado segun sus oráculos y vaticinios, pues todos ellos escribieron de mí; allí en fin, donde no mandan Herodes ni Pilatos. De lo que se infiere y es claro que mi muerte no está en su poder ni en el poder de los hombres, como ni tampoco la hora ni el tiempo. Bien sé cuándo debo morir, pero él lo ignora; bien sé el lugar donde debo padecer, pero él no lo sabe. Ojalá que á imitacion de Cristo todos los ministros del Evangelio y todos los fieles no cesasen ni se apartasen de la confesion de la verdad por temor de los príncipes injustos y de los hombres malos, sino que imitando al Pastor supre-

mo, Padre y cabeza del cristianismo, y fundador divino de su Iglesia, Cristo Señor nuestro, todos le confesasen y defendiesen, publicando con constancia y libertad santa todas las verdades que por nuestro bien nos enseñó. ¡Qué feliz sería entonces el mundo! ¡qué dichosos todos los hombres!

ORACION.

¡Oh Señor y Dios mio! librame de las crueles cadenas del demonio que hacen mi alma esclava y la impiden hacer con fervor el fruto de buenas obras y perseverar en ellas con constancia hasta el fin; no permitas que en el día de tu visita sea mi corazón hallado sin frutos, y por lo mismo sea por tu orden cortado y arrojado al fuego eterno. Concédeme, Señor y Dios mio, que jamás me vea inclinado á la tierra por la culpa, sino que caminando con rectitud por el camino de la justicia, me dirija al cielo ayudado de tu gracia; ni consientas que doblegada la rectitud de mi entendimiento y la fortaleza de mi corazón, piense ni ame las cosas transitorias ni caducas de la tierra, sino que levante hácia ti todos los afectos de mi alma por medio de la contemplación, y á ti solo desee, á ti solo ame, en ti solo piense y de ti solo espere las imperecederas riquezas de la eterna felicidad. ¡Oh Señor! mírame por la piedad, llámame por las internas inspiraciones, sáname por la remisión de mis pecados, tócame por el dolor y arrepentimiento de todos ellos, y levántame á la cumbre excelsa de tu gloria por el amor ardiente del corazón, con el que eternamente te ame, para que con los santos te goce y con ellos para siempre te atabe. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XIII de san Lucas; desde el versículo 1.º hasta el 47.

Contéstale san Mateo en los capítulos 7, 13, 19, 20 y 23, y san Marcos en los capítulos 4 y 19; todos ellos con pocos versículos en cada uno de dichos capítulos.

La Iglesia lo usa como propio en el sábado de las cuatro temporadas del mes de setiembre; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL SABADO DE LAS TEMPORAS DE SETIEMBRE.

San Lucas, cap. XIII, vs. 1.º al 17.

En aquel tiempo vinieron algunos y contaron á Jesús lo que había sucedido á unos galileos, cuya sangre mezcló Pilatos con la de los sacrificios que ellos ofrecían. Sobre lo cual les dijo: ¿Pensais que aquellos galileos eran entre todos los demás de Galilea los mayores pecadores, porque fueron castigados de esta suerte? Os aseguro que no: y entended que si todos vosotros no hiciéseis penitencia, todos igualmente pereceréis. Como tambien aquellos diez y ocho hombres sobre los cuales cayó la torre de Siloé y los mató. ¿Pensais que fuesen los mas culpados de todos los moradores de Jerusalem? Os digo que no; mas si vosotros no hiciéreis penitencia, todos igualmente pereceréis [1]; y añadióles esta parábola: Tenia uno plantado una higuera en su viña, y vino á ella en busca de fruto y no le halló; por lo que dijo al viñador: Ya ves que hace tres años seguidos que vengo á buscar fruto en esta higuera y no lo encuentro; córtala pues. ¿Para qué ocupa ya la tierra? Pero él le respondió: Señor, déjala aun este año; yo cavaré á su alrededor y la echaré estiercol, á ver si así dará fruto, y si no después la cortarás. Enseñando Jesús un día de sábado en la Sinagoga, he aquí que vino una mujer poseída de un espíritu que la tenia enferma diez y ocho años, y andaba encorvada sin que pudiese poco ni mucho mirar hácia arriba. Viéndola Jesús la llamó así y le dijo: Mujer, quedas libre de tu enfermedad. Y le impuso las manos, y al punto se enderezó y glorificaba á Dios. Mas indignado el jefe de la Sinagoga de que hubiese curado Jesús en día de sábado, dijo al pueblo: Seis dias hay destinados para trabajar; venid en ellos á ser

[1] Aquí empieza el Evangelio de la misa.

curados y no en el día del sábado. Respondióle el Señor: Hipócrita, ¿cada uno de vosotros no desata en sábado su buey ó su asno del pesebre y lo lleva á beber? Y á esta hija de Abrahán que diez y ocho años habia tenido atada, Satanás, ¿no fué lícito desatarla de esta ligadura en día de sábado? Al decir estas cosas quedaron afrentados todos sus contrarios, y todo el pueblo se regocijaba por todas las cosas gloriosas que él hacía.

Luc. 13. 15. 16. 17. que acabó en 7

... y en el día del sábado, cuando entró en un templo, y abió un buey ó asno atado en el pesebre, y lo llevó á beber? Y á esta hija de Abrahán que diez y ocho años habia tenido atada, Satanás, ¿no fué lícito desatarla de esta ligadura en día de sábado? Al decir estas cosas quedaron afrentados todos sus contrarios, y todo el pueblo se regocijaba por todas las cosas gloriosas que él hacía.



... y en el día del sábado, cuando entró en un templo, y abió un buey ó asno atado en el pesebre, y lo llevó á beber?

... y en el día del sábado, cuando entró en un templo, y abió un buey ó asno atado en el pesebre, y lo llevó á beber? Y á esta hija de Abrahán que diez y ocho años habia tenido atada, Satanás, ¿no fué lícito desatarla de esta ligadura en día de sábado? Al decir estas cosas quedaron afrentados todos sus contrarios, y todo el pueblo se regocijaba por todas las cosas gloriosas que él hacía.

CAPITULO XXIX.

COMVIDADO JESUS A COMER EN LA CASA DE UN FARISEO, CURA A UN HIDRÓPICO Y ENSEÑA LA HUMILDAD Y LA MISERICORDIA.

Desgracia es para los espíritus fuertes de este siglo, amantes de luz segun dicen, pero verdaderos hijos de las tinieblas, que los historiadores sagrados que en algunas cosas nos han dado detalles tan minuciosos de la vida del Salvador, en otras hayan pasado en silencio los lugares donde hizo mansion durante sus correrías, y no nos hayan descrito la serie de sus marchas y jornadas, sino que se hayan contentado con referirnos algunos de sus milagros y algunos discursos de religion y moral de los que pronunciaba para instruir á las turbas que le seguian, porque de este modo no tendrían aquellos motivo alguno para desvirtuar y ridiculizar, como lo hacen, algunos hechos de Jesús, solo porque les falta la data puntual del día y lugar donde se verificaron. Pero por fortuna todo cuanto del Salvador divino se ha escrito, todo está sostenido por su propia grandeza, todo arrastra el corazon de los fieles; y fijo desde el principio la atencion pública de un modo tan completo, cabal y satisfactoria, que acaso por esto mismo no repararon los cronistas sagrados en de-